

Films de Amor

EL CENTINELA DEL AMOR

NÚM
308



Lien Deyers
Richard Tauber

25
CTS.



Taloby, Georg

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Cívil. Española de Librería-Barbosa, 14 y 16-Barcelona

Nº VII

APARECE LOS JUEVES

Nº 308

Melodie Der Liebe 1932

EL CENTINELA DEL AMOR

Narración dialogada de la película de mismo nombre, interpretada por el formidable tenor alemán

RICHARD TAUBER

Narración de ALFREDO DARNELL

EXCLUSIVAS

CINÆS, S. A.

Vía Layetana, núm. 55 - Barcelona

REPARTO:

Hoffmann.	RICHARD TAUBER ✓
Escha	Lien Deyers

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Ricardo Hoffmann, el celebre tenor que acababa de cantar "La Bohème" con un éxito enorme, y sus admiradores (la mayoría admiradoras) esperaban ante la puerta del camerino del artista con la esperanza de conseguir algún autógrafo.

El esposo de Hoffmann, Alberto Kruss, era algo así como un genio tuculor, su sombrilla y su pesadilla, y era a la vez el amigo, el médico y el criado del tenor. Ricardo Hoffmann se había casado con su hermana, muerta al nacer su hija Gloria, que contaba ahora siete años y era una monada de criatura que adoraba a su padre y a su tío, como ella llamaba a Alberto.

Salieron ambos del camerino, Alberto delante, abriéndose paso un poco bruscamente.

—Por favor, señores... Hagan el favor. Hemos cantado mucho (hablaba siempre en plural) y estamos muy cansados. ¡Hagan el favor!



...sus admiradores esperaban ante la puerta de su camerino...

Después como vió que Hoffmann no llevaba abrido el cuello del abrigo, le dijo:

Y tú, abrochate... No debes hablar ni una palabra.

Se adelantó un repórter:

—Señor Hoffmann, dos palabras solamente, se lo ruego.

—Ya hablé yo mismo—interrumpió Alberto poniéndose ante el periodista:

—Escriba: "Esta ciudad es encantadora."

Estamos agradecidísimos al público... es el mejor... bueno ponga una de las mejores... del mundo... y ya está. Vámonos.

Cuando lograron llegar hasta el automóvil, Hoffmann dijo sonriendo:

—Oye, Alberto: me tratas como a una criatura.

—Pero si lo eres, hombre, lo eres. A los treinta y cinco años, hay que cuidarte como a un bebé.

Hoffmann calló. En sus oídos resonaban todavía los aplausos del público, que él había sabido reconocer sinceros. Había cantado bien y estaba satisfecho de sí mismo.

Alberto Kraus, callaba, pero estaba radiante de felicidad, como si el cantante fuese él y no Ricardo Hoffmann, su cuñado, al que idolatraba. Alberto tenía ya cincuenta y cinco años y su pelo era blanco, pero era el corazón más bondadoso que pueda imaginarse; para él sólo existían dos seres en el mundo: Hoffmann y su hijita Gloria.

Llegaron al hotel abrieron la puerta de la habitación con todo cuidado para no despertar a la pequeña, y Hoffmann se dirigió hacia la camita donde dormía la niña. No bien se hubo acercado, oyó una vocecita que decía:

—¡Papá! y enseguida los bracitos queridos se le cebaron al cuello y la boquita de la nena le llenó de besos la cara.

—¿No dormías?

—No, papá. Esperaba que llegases. ¿Qué me trates?

Mira, estas flores.

—¡Oh! Gracias, papáito. Esto quiere decir que has cantado bien, ¿verdad? Así me gusta.

—Buena, ¿ahora te dormirás pronto?

—Sí, papáito, enseguida.

—Así me gusta—reñó el padre riendo.

Después pasó a su habitación.

—Ricardo—le dijo Alberto—, acabo de ver el menú para esta noche. No sabes lo que me cuesta acostumbrarte a la comida de los hoteles.

—Tienes razón—contestó Ricardo—. ¿Qué te parece si nos fuésemos a comer a cualquier sitio?

—¡Muy bien! Tengo unas ganas locas de comer unos guisantes o un plato de judías con chorizo. Deben estar riquísimas ¿no?

—Anda, vámonos enseguida.

—Sí, pero tú vas a ponerte una americana gruesa—dijo Alberto llamando a un criado y encargándole que la trajera.

—Pero, ¿por qué la americana gruesa, Alberto?

—¡Qué bien has cantado hoy!—contestó Alberto haciendo como sino le hubiera oído.

—Contésteme: ¿Por qué tengo que ponerme la americana gruesa?—volvió a repetir Ricardo tozudo, ya que no le hacía ninguna gracia.

— ¡Cada nota parecía como un cascabel de plata! ¡Canta como unruiseñor!

— Bien — contestó Hoffmann sonriendo — me pondré la americana gruesa. Pero dime ¿a dónde vamos?

A "La Toalla Estrecha" — contestó Alberto alborozado.

— ¿Qué dices?

— Cállate y cámonce, ya lo verás.

Salieron juntos a la calle y tomaron un taxi que les dejó en la puerta de "La Toalla Estrecha." Un restaurante de mediano aspecto pero donde se comía muy bien.

Se sentaron a una mesa y Alberto llamó al camarero:

— ¿Qué desean los señores? — preguntó.

— Traiga dos purés de guisantes para empezar...

— ¿Con jamón? — preguntó el camarero.

— No... si te parece con barquillos. Anda después te diremos lo demás. Para beber, cerveza.

— Me gusta esto — comentó Hoffmann —, estaba un poco cansado de las comidas de hotel, siempre de etiqueta.

— Cállate ahora, ya tenemos aquí el puré.

El tenor se apresuró a coger la cuchara dispuesta a comer, pero Alberto le cogió el plato.

— Un momento; está demasiado caliente. Hay que esperar.

— Bien — contestó Hoffmann resignado.



...mientras Hoffmann cantaba...

pues ya estaba acostumbrado a la vigilancia de que era víctima. — Al menos me déjame beber...

— Espera. No, todavía no. La cerveza está demasiado fría.

— Es nada — dijo Hoffmann.

— ¿Qué?

— Oye, cántame mi canción favorita.

Efectivamente, en el establecimiento habían entrado unos músicos callejeros, y habían en-

tonado la canción que Hoffmann había hecho popular:

"Una dulce canción de mi patria,
que ya nunca olvidar podré
porque a mi madre cantarla oí.
Mi corazón vuelve a la casa
dónde de niño yo jugué
sin saber del color de la vida.
Esa dulce canción de mis lares
que pone lágrimas en mis ojos
y me habla de piedras seculares.
Una dulce canción de mi patria
que ya nunca olvidar podré
porque a mi madre cantarla oí."

—¡Estupendo! — comentó un parroquiano — el mismo Hoffmann no la cantaría mejor.

Hoffmann se acercó a los músicos y les dijo:

—Señores: les convierto a beber. ¿Qué quieren? ¿cerveza? ¿coñac? ¿vino?

Los músicos dieron las gracias y entonces Hoffmann les rogó que le dejaran cantar con ellos la misma canción que acababan de interpretar. Acedieron ellos sin suponer que quien eso les pedía era el mismo Hoffmann.

—No está mal — dijo uno de ellos cuando acabaron de cantar — con un poco de escuela llegaría a hacerlo bastante bien...

SEGUNDA PARTE

En el momento en que el divertido grupo acababa de cantar entraron en el café un caballero y dos señoras, elegantemente vestidas.

—Lilli — dijo una de las muchachas a la otra —, ¿qué va ha hacer Erwin?

—Debe haber ido ha buscar bencina.

—Pero ¿no tenía dinero?

—No, Hella, no. Es un compositor que nunca tiene un céntimo.

Le quiero sin interés de ninguna clase; de lo contrario estaba fresca.

—¿Queréis sentaros? — dijo el acompañante, un joven de unos veinticinco años.

—Me parece que nos lo podemos pasar muy bien.

Sentáronse los tres ante una mesa y al cabo de pocos momentos entró el joven compositor, Erwin, novio de Lilli.

—¿Qué has hecho del coche? le preguntaron.

—He encargado a un guardia que me lo

vigila — contestó el otro —, no tiene una gota de bendrina, así que no hay miedo de que se lo lleven.

—Oye, Lilli, ¿quién es ese que te mira tanto? — preguntó Hella a su amiga.

—Juzaría que es el tencer Hoffman, ¿verdad?

—Sí que lo es.

Hoffman que había bebido contra su costumbre un par de vasos de cerveza y se sentía contento, se acercó al grupo.

—¿Celebran ustedes algún cumpleaños? — preguntó.

—No — le contestaron de buen humor —, celebramos el nacimiento de una canción.

—¿Sí? tengo el gusto de presentarme: Ricardo Hoffmann, ¿me permiten que celebre con ustedes este acontecimiento?

—Ya lo creo. Siéntese con usted, ¿Y su amigo? — preguntaron mirando a Alberto que después de dudar un momento se acercaba al grupo.

—Señores — dijo Alberto —: Tengo que convidarme yo mismo. No puedo dejar al señor Hoffman. Tengo que cuidarme de él.

—Siéntese, siéntese, abuelito — le dijo Hella riendo.

—Escuchen: ¿Y si fuésemos a mi casa? Me parece que estaríamos más cómodos y más a nuestras anchas ¿Qué les parece mi idea? — dijo Lilli.



—Me está estorbando y nos saldrá un café horrible.

—Muy bien! ¡Muy bien! — contestaron los demás aplaudiendo. ¡Vámonos!

Lilli, telefoneó a su casa. En realidad Lilli pasaba muchos apuros; vivía con sus padres, gente que encerrados en un egoísmo

altivo cogían sólo en su hija para ir viviendo, y ella debía sostener la casa.

Una vez llegaron todos, Alberto dijo:

—Espero que tendrán ustedes un buen café ¿no?

—Sí—contestó Lilli—, yo misma lo voy a hacer.

—Yo la ayudaré, si me lo permite—dijo Hoffman riendo.

Bien, venga conmigo a la cocina.

Mientras preparaban el café en la cocina oían las voces de los demás que reían en el salón.

—Oiga, Lilli, es usted encantadora — le dijo Hoffman cogiéndole una mano — me ha subyugado usted en el café, pero ahora, en su casa, rodeada de este ambiente, es usted cien veces más bonita.

—Me está usted estorbando y nos saldrá un café horrible.

—Lilli, ¿tiene usted novio?

—¿Yo? ¡No! — contestó ella mintiendo.

Hoffman, que se había enamorado como un chiquillo la cogió del brazo y la besó cerca del oído. Lilli no le dijo nada.

—¿Qué canción es esa? — preguntó Hoffman, escuchando las notas del piano que tocaba Erwin, un poco malhumorado porque se había dado cuenta de que Lilli coqueteaba con el tenor.

—Es la que ha compuesto Erwin. Es un

chico que vale mucho, sólo necesitaría una persona que le ayudase.

—¿Vamos a cirla?—preguntó Hoffman.

—Sí, vamos.

Erwin estaba sentado al piano. Al llegar Lilli con el café, su amiga se acercó a ella.

—¿Qué tal Lilli? Me parece que lo has cazado. ¿Que suerte tienes! Dicen que es riquísimo.

—¡Cállate, Hella! — contestó Lilli, Erwin está mirando.

Hoffmann se había acercado al piano, y después de mirar un rato la música, dijo:

¿Quiere usted que pruebe de cantarla?

—Encantado—contestó Erwin que jamás había podido soñar que el gran tenor se pudiese interesar por su música.

Erwin atacó los primeros compases y Hoffmann cantó:

¡Lástima que el amor tan sólo sea un sueño.
Un sueño y nada más: Un sueño!...

Mil veces pregunta un amante

“¿Me quieres de verdad?”

Y siempre le contestan:

Sí, yo tan solo te quiero a ti.

El amor es un sueño que se olvida muy pronto...

Es un poquito de mentira, un poco de deso...

Rara vez existe. ¿Quién crea aún en él? y después el olvido; todo acaba con él. Por las mejillas caen dos lágrimas furtivas y a veces ni tan sólo perdura el recuerdo. Lástima que el amor sea tan sólo un sueño...

—Es preciosa, preciosa!—dijo Hoffmann entusiasmado, mirando a Lilli, como si hubiese cantado para ella.

Un momento, señores.—dijo Alberto levantándose de la silla.—llaman al teléfono; yo mismo contestaré.

—¿Quién era?—pregunta Lilli inquieta, cuando Alberto colgó el auricular.

—¡Oh! Es el vecino de arriba que nos pide que continuemos cantando. Se ve que le ha gustado la canción.

En realidad lo que había sucedido es que el vecino se había despertado a causa del ruido que hacían ellos y les había insultado por teléfono.

—Bueno, señores, es hora de que nosotros nos marchemos.—dijo Alberto. Mañana Hoffmann tiene que cantar por radio y por la noche en un concierto de beneficencia.

Es verdad—dijo Hoffmann—de buena gana pasaría la noche con ustedes, pero me es imposible. De todas maneras, señor Erwin le ruego que me preste la canción, quiero estudiarla y la daré al editor.

—¡Oh! gracias, muchas gracias—dijo Erwin cogiendo las manos del tenor. Nunca podía haber aspirado a tanto.

—Bien, señores, hasta mañana.

Salieron primero Hella, Erwin y el otro acompañante. Después Alberto, quien al abrir la puerta dijo:

—Hoffmann, cierra la boca...

Como no recibió respuesta se volvió y tuvo que volver discretamente la cabeza, pues vio a Hoffmann que estaba abrazado a Lilli y la besaba en la boca.

—¿Nos veremos mañana Lilli?—preguntó el tenor.

—Sí—contestó ella—; telefonémosle a la hora que quiera y decidiremos dónde nos podemos ver.

—Gracias, hasta mañana.

TERCERA PARTE

Ricardo Hoffmann tenía muy poca experiencia en lo concerniente a las mujeres. Su corazón de niño se entusiasmaba fácilmente, y aunque había sufrido más de un descalabro sentimental, debido a que su mucha

fama y dinero atraían a más de una vividora, no le costaba creer en el amor ni en la amistad. Su corazón desconocía la duda y Alberto había tenido que intervenir más de una vez discretamente para alejar alguna mariposa que intentaba adueñarse de la amistad del tenor.

Al día siguiente se despertó Hoffmann pensando en Lilli, se vistió y al salir del cuarto de baño se encontró a su hijita Gloria ya vestida que venía a buscarle para dar el paseo cotidiano.

—Papá, ¿cómo es que no estás arreglado todavía?

—Mira... Hoy no puede ser. Vete al parque con la nurse y juega tú solita... mañana te acompañaré yo...

La nena hizo un mohín triste.

—Yo quiero que vengas tú, papá.

—Gloria, no puede ser—terció Alberto que también estaba un poco de malhumor—. Papá tiene trabajo. Auda, sé buena y vete tú sola. Cuando vuelvas te compraré una sorpresa.

Marchó la niña no de muy buena gana y Hoffmann dijo a Alberto:

—¿Qué te pareció Lilli? Dímelo con franqueza. ¿Es tan infantil y al mismo tiempo tan mujerl...

Alberto lo miró un poco burlesco y comentó:

—Sí, tan infantil... tan inocente... tan provocativa...

—Alberto, te prohibo que digas eso, ¿oyes? Le has cogido manía como a tantas otras... Esto me está cansando ya un poco.

Bien. No te diré nada más. Me habías pedido mi opinión sincera y te la he dado.

—¿Y de la canción del joven compositor qué tienes que decir?

—¡La creo genial! Pienso hacerla editar...

Alberto se encogió de hombros y salió de la habitación diciendo:

—¡Es inútil! ¡Eres el hombre más inocente de la tierra!

Hoffmann se vistió rápidamente y antes de que Alberto se diera cuenta de qué se iba, logró escaparse. Desde un café, telefoneó a Lilli y momentos después se encontraban juntos.

—¡Oh, Lilli! Toda la noche la he pasado pensando en usted. Me parece que nos conocemos desde hace mucho tiempo. Yo desearía saber algo de su vida, de su niñez, pero estoy diciendo tonterías...

—Yo le agradezco el interés que se toma por mí —contestó Lilli—, pero usted es un hombre a quien la fortuna, la gloria acarician y yo soy una pobre mujer que tengo que ganarme muchas veces la vida.

—Lilli, pídamelo que quiera—dijo Hoffmann.

Muchas gracias—dijo Lilli que tenía que se diese cuenta demasiado pronto de que a ella lo que le interesaba de él era el dinero.

—Usted todavía no me tiene confianza..., usted sabe que ayer me fascinó, me haría feliz si pudiera ayudarla en algo.

—No, yo no necesito nada. Mis padres no es lo mismo. Los pobres no se dan cuenta de que la vida es muy dura. Ellos han estado acostumbrados a vivir con todo lujo y ahora, desde que mi padre perdió la fortuna, algunas veces hasta han tenido que pasar hambre.

—¡Qué horror!—exclamó Hoffmann sinceramente dolido—. Yo le aseguro que desde ahora puede usted contar conmigo para todo. Siempre que me pida algo para ellos está concedido de antemano.

—Gracias, Hoffmann. Voy a telefonar a Hella, pues quedé que nos veríamos esta mañana.

—Dígale una cosa, Lilli: Que vaya a mi hotel, allí nos podremos encontrar todos.

Lilli se dirigió a la cabina telefónica y pidió comunicación con su amiga.

—Hella! Soy yo, Lilli. Escucha; estoy en el café con Hoffmann. Ves al hotel palace donde él se hospeda y nos encontraremos en el hall.

—Te felicito, chica—le dijo la otra. No seas tonta y no te lo dejes escapar que teno-

res millonarios no se encuentran todos los días.

—Y de Edwin ¿qué haré? Tú sabes que le quiero.

—No tengas remordimientos. Gracias a ti pronto se hará célebre. Tú ahora aprovecha la ocasión, que la pintan calva. Adiós, hasta ahora, querida.

Pocos momentos después se encontraban todos en el hall del hotel, cuando entró corriendo Gloria, que había visto a su papá. De la mano trala a una muchacha preciosa.

—Papá, te presento a mi amigueta Escha.

—Tanto gusto, señorita—dijo Hoffmann un poco extrañado.

—Le explicaré a usted—dijo la muchacha—: Encontré a Gloria en el parque, se le había escapado el perro y la ayudé a cogerlo. Después nos hemos hecho amigas. Tiene usted una hija que es encantadora. Me ha obligado a venir hasta aquí.

—Papá: yo no quiero que Escha se vaya. Quiero que se quede conmigo.

—Pero, nenita—dijo Hoffmann que se encontraba un poco violento ante el grupo de sus amigos—, comprende que no puede ser. Esta señorita no puede quedarse.

—Anda, mona—dijo la muchacha—, sé buena. Te prometo que mañana volveré al parque y jugarémos.

CUARTA PARTE

A partir de aquel día, Escha y Gloria se encontraban todas las mañanas en el parque. Escha era una rubia de carita animada y de ojos intensamente azules, que reflejaban una gran bondad. Comprendió enseguida que aquella niña necesitaba el cariño de una madre, era una nena extraordinariamente sensible y el alejamiento en que aquellos días la tenía su padre preocupado con Lilli, podía hacerle mucho daño, y no se atrevió a abandonarla.

Una mañana, la niña se empeñó en que Escha fuera a ver sus muñecas y ella accedió con tal que la pequeña estuviera contenta. Al entrar en su habitación se encontraron a Alberto.

—Tío, es Escha una amiga mía. Nos encontramos cada mañana en el parque y la he traído aquí.

Alberto miró a la muchacha y su sonrisa franca le agradó.

—Con que ¿en el parque eh?... Pues si



—Vine con la nena porque no quería separarse de mí.

tonces unas amigas tan agradables y tan bonitas desde mañana voy yo...

—Vine con la nena porque no quería separarse de mí—creyó oportuno justificar Escha...

—Señorita, puede usted venir cuando quiera, por mi parte, estaré encantado de recibirla.

Desde aquel día Escha pasó muchos ratos en el hotel, y Alberto más de un día logró que se quedase a almorzar con la nena y él.

Se iba acostumbrando a ver en la casa a aquella joven de porte distinguido, de modales correctísimos, y cuya conversación era muy agradable.

—¿Dónde ha ido hoy Hoffmann? — preguntó un día ella.

—No sé. Debe tener trabajo—contestó Alberto—. Hoffmann es un hombre excelente, el más bueno que existe... Ese hombre necesitaría a su lado a una mujer. Entiéndase bien. A una mujer bonita, buena y que tuviese dinero.

—¿Porqué esto? — preguntó Escha intrigada.

—Porque está convencido de que las mujeres le quieren por su fama y no por él mismo. En fin, ¡qué le vamos a hacer! Y Alberto dando un suspiro, lo que demostraba que no estaba muy satisfecho con la conducta que Hoffmann observaba en aquellos últimos tiempos, desvió la conversación hacia otro tema.

Hoffmann por su parte estaba decidido a declararse a Lilli, ya que su contrato estaba finalizado, pues solamente debía cantar una noche; la de su beneficio.

—Lilli—le dijo al fin. Desearía preguntarle una cosa. ¿Usted ha tenido relaciones con Erwin?

—No diga tonterías, Hoffmann, somos so-

lamente buenos amigos. No piense usted nada malo.

—No me diga de usted, ¿todavía no tiene suficiente confianza para tutearme?

—Como quieras, Ricardo. No, no he tenido relaciones con Erwin. Si así hubiese sido no seríamos amigos...

—Lilli, me haces feliz. Contésteme a esta pregunta: ¿Querías venir conmigo a América? Dentro de quince días tengo que irme a cumplir un contrato. Contésteme.

Lilli se le quedó mirando y después le cogió una mano, Hoffmann llevó sus labios hasta ella.

—Mañana hablaremos de todo esto y concretaremos de talles. ¿Conformes?

—Bien—respondió ella—. Hasta mañana.

Hoffmann llegó al hotel y encontró a Alberto.

—Alberto, tengo que darte una buena noticia:

—Tú dirás—contestó éste frunciendo el ceño.

—Lilli viene con nosotros a América. Antes nos casaremos.

—Ricardo; ¡esto es ya al colmo! ¿Entiendes? ¡el colmo! Tengo que habiarte seriamente. Vas a hacer una barbaridad. ¿No piensas en tu nena, en tu Gloria? Estos últimos días ni la ves. Me vas a hacer dudar de tu buen corazón.



—¿Dónde ha ido Hoffman?

—¡Alberto!

—Nada de Alberto. Tengo que decirte las cosas claras, aun a trueque de molestarte. Te están tomando el pelo, ¿me entiendes?

—Alberto, no te permita...

—Me permitirás todo lo que me dé la gana... Erwin es el amante de Lilli.

—¡Mentira!

—Yo no digo jamás una mentira. Lo sé positivamente, sino, no lo diría.

Hoffmann, desesperado, no pudo aguan-

lar más y levantándose del asiento cogió el sombrero y se dirigió a casa de Lilli, dispuesto a comprobar de una vez la veracidad de las palabras de Alberto.

Mientras esto sucedía, Erwin había ido a visitar a Lilli, pues a pesar de que reconocía que su fama la iba a deber al tenor sentía unos celos horribles de él.

—Lilli, ya tengo que dejarte, me entiendes—decía Erwin—. Ese hombre se ha puesto en nuestro camino. Es natural que tú me dejes por él. No soy tonto; sé que yo no tengo un céntimo y que tu elección no es dudosa, pero yo soy incapaz de aguantar ciertos papeles. Además, Hella me ha dicho que te vas con él a América.

Lilli en realidad quería a Erwin y le dolía dejarle.

—No, Erwin, no te marches, comprende que me obliga la necesidad.

—Bien, entonces adíes.

—¡No! ¡No! ¡Te quiero! ¿Me oyes? Sólo te quiero a ti. No te vayas. Haré lo que sea. Si me pides que lo deje, lo haré; te juro que nada ha habido entre nosotros.

Lilli se arrojó en brazos de Erwin y en aquel momento Hoffmann que había llamado y no contestándole nadie había entrado en el piso, los sorprendió abrazados y besándose.

Erwin, al darse cuenta de la presencia

del tenor, le saludó y se despidió de Lilli con un: "Hasta después".

—¿Qué significa esto? — preguntó Hoffmann a Lilli cuando estuvieron solos — ¿Por qué me has engañado?

—No me pregunte nada, Hoffmann — contestó ella —. No me he portado mal. Ahora da hacer un gran sacrificio; es verdad, le amo, sólo le amo a él. A usted me hubiese entregado por su dinero y por su posición, pero no podía quererle.

Hoffmann inclinó la cabeza y salió sin decir palabra.

Cuando llegó al hotel se encontró a Alberto que le dijo:

—Rápido. Tienes que venir enseguida al teatro. La representación comienza dentro de una hora.

Hoffmann no contestó y se dejó llevar por su amigo.

—¿Qué te sucede, Ricardo? — se atrevió a preguntar Alberto. Hoffmann le dió un abrazo y le dijo:

—Gracias, Alberto, gracias. Voy a dar un beso a la nena, y nos vamos.

Hoffmann entró en el cuarto de la pequeña y se sorprendió al encontrarse a Escha que acababa de desnudarla y que la metía en la cama. Besó a la chica y salieron ambos del cuarto.

—Señor Hoffmann, me voy, la nena me pidió que la acostase.

Hoffmann miró a la joven como si la viera por primera vez: aquellos ojos, tan serenos, tan luminosos, tan optimistas, le volvieron a la vida, le infundieron un poco de valor.

—Gracias, señorita, por todo lo que ha hecho por mi hija. Dentro de pocos días nos marchamos. No la olvidaré jamás por una mujer. Mi nena es un tesoro; ella es la única que me quiere por mí mismo, no por mi fama, ni por mi dinero.

—¿Por qué esas palabras tan pesimistas? — dijo Escha —. ¿Está usted seguro que no hay nadie que lo quiera por usted mismo?

—Hoy me dijeron esa amarga verdad.

—Bah, No lo crea usted. Quizá usted tiene la culpa.

—Yo? ¿Por qué?

—No debe usted buscar. Aun hay mujeres a las que no les importa su dinero ni su fama...

Salió Escha, y Hoffmann se quedó pensativo.

Alberto le avisó de que el auto les esperaba. Una vez en el teatro, se dirigieron a su camerino.

—Ricardo, te quería decir una cosa... — dijo Alberto.

—¿Qué?

—No, nada. Si acaso después de la función.

Hoffmann cantaba aquella noche de su beneficio "Tosca". Hoffmann la cantó como siempre y el público estaba entusiasmado. Llegó el tercer acto. El público se dio cuenta de que el tenor estaba un poco emocionado, a ratos vacilaba un poco. La orquesta atacó el aria y se hizo un silencio sepulcral. Hoffmann distinguió entre el público a Lili, y como dirigiéndose a ella, despidiéndose de su amor, puso tal emoción, tal sentimiento en su voz, que el mismo Alberto le escuchaba emocionado.

—¡Cómo canta hoy! — dijo cogiendo la mano de Escha que estaba a su lado. En su vida ha cantado mejor.

Cuando cayó el telón los aplausos fueron estruendosos y tuvo que alzarse infinidad de veces.

Hoffmann, sin embargo, permanecía indiferente, como ausente de allí, como si aquellos aplausos no fueran dirigidos a él.

Ya en el camerino, Alberto se le acercó y le dijo:

—Te felicito, Ricardo, nunca cantaste mejor.

—¡Bah! ¡qué más da! Una vez terminado el contrato de América no pienso volver a cantar más.

—¿Qué dices?

—Sí, estoy aburrido, no tengo ganas de nada, carezco de ideal.

—Parece mentira, que tú digas eso, Hoffmann, ¿y tu hija? ¿No estás viendo que ella es tu centinela? No ves que ella ha sabido escoger mejor que tú la mujer que necesitas. ¡Infeliz!

—¿Qué estás diciendo. ¡Habla!

—No. Yo no he de hablar una palabra más. No mereces que te diga nada.

—Escúcheme Alberto. Por favor no me hagas des-esperar. Te he aguantado que te metieras en mis cosas, he soportado tus innumerables manías...

—¿Manías?—preguntó estupefacto Alberto que no se esperaba aquella repulsa.

—Sí, pero te advierto que no estoy dispuesto a que te metas en mis asuntos particulares. ¿Has comprendido?

—Bien. Está bien. Algún día te arrepentirás de lo que has dicho. Además; antes te prometí que te diría una cosa, pero ahora me has relevado de ese compromiso. Nada te diré.

—¡Habla! ¿Oyes? ¡Habla!—le dijo Hoffmann cogiéndole por las solapas.

—Buena. Tú lo has pedido. Hay una mujer que te quiere.

—¿Cómo?

—Sí, hay una mujer que te adora, por ti, no por tu dinero, que adora a tu hija, y esa

mujer es bonita, es buena y tú no has sabido encontrarla.

Hoffmann se negó al fin a querer saber quién era aquella mujer. Pasaron algunos días y llegó el momento en que tuvieron que embarcar.

Pocas horas antes, Alberto se había despedido de Escha, la que se quedó así llorando.

Estaban ya en el barco, cuando Alberto le dijo a Hoffmann:

—¿Quieres saber ahora quién es la mujer que te quería?

—¿Quién era? preguntó Hoffmann.

—Escha, la amiga de tu hija.

—¿Qué dices?

—Sí, Escha.

—¡Animal! ¡Animal! Mira, falta una hora para salir el barco, como no la encuentres en ese tiempo no vienes a América conmigo.

—Pero...

—Nada, ya lo has oído...

Alberto descendió del barco y se dirigió a casa de Escha, pero ésta no estaba, ni la portera pudo darle noticias. Desalentado volvió Alberto al barco.

En el momento en que ponía los pies en pasarela vio a Escha que paseaba cogida de la mano de Gloria. A su lado caminaba Hoffmann, que parecía compungido.

—¡Al fin! — dijo Alberto — ¿Qué sucede?

—Sucede, que Escha no quiere venir a América.

—¿Que no quiere venir? — dijo Alberto riendo.

—Sí, Hoffmann, sí. Vendo — dijo Escha —, pero antes tiene usted que jurarme que ha cambiado de opinión respecto a las mujeres, y que cree que alguna puede quererle por usted mismo.

Gloria se echó en los brazos de la joven y Hoffmann le apretó fuertemente la mano.

Días después, sentados frente al mar, Escha y Hoffmann cambiaban el primer beso.

FIN

NUMERO EXTRAORDINARIO
Dedicado al Imperio Argentino y a los
países de América

ALMANAQUE 1933
Dedicado al Imperio Argentino y a los
países de América

EDITORIAL "EL
CANCIONERO POPULAR"

CANCIONERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan
32 páginas de texto: 30 céntimos

■ VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO ■

Carlos Gardel	Arcana Maizani	Ovidio Rodríguez
Imperio Argentina	Mario Visconti	Josefina Baker
Jeanette MacDonald	El Cante Jondo	Juan B. Giliotti
José Mojica	Carlos Gardel	Cunchita Payser
Roberto Ray	<i>Nuevos temas</i>	Gaynor-Farrell
Blanca Negri-Alady	Dolly Haas	Olimpia de Córdoba
Enriqueta Santana	Lupe Rivas Corcho	Imperio Argentina
Felisa Galé	Mercedes Seré	<i>Nuevos temas</i>
Celia Gámez	Custodia Romero	Goyita Herrera
Orquestina Planas	Emilio Sagi-Barba	Raquel Meller
L. Harrey-H. Garat	Marcos Redondo	Elvira de Ameyra
Maurice Chevalier	Marlene Dietrich	Argentina
Ramper	Agustín Irusta	Miguel Flota
	Luisa Esteo	Mig. Lamontagne

NUMERO EXTRAORDINARIO

Dedicado a **IMPERIO ARGENTINA** y **CARLOS GARDÉL**
Precio: 60 céntimos

ALMANAQUE 1933

Dedicado al genial estilista **CARLOS GARDÉL**
Precio: UNA peseta



— PEDIDOS A —
EDITORIAL "ALAS" Ap. Correos 707
BARCELONA

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo 1'00 peseta

INDISCRETA

Creación de los empujes en cine GLOLLA SWANSON

+ BARBARA HENT-BEN LYON.

Producción: ARTISTAS SOCIADOS

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia, interpretada por
los actúales RONALD COLMAN y HELEN HYES.

Producción: ARTISTAS SOCIADOS

LA ÚLTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del actor JOHN BARRYMORE y
HELEN TWELVETREES.

Producción: H. K. O. Exclusivas SICF

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA RIGERTH y MAX HANSEN

Exclusivas: SIUEF

LA HIJA DEL DRAGÓN

Excepcional producción del gran trágico BESSIE
HAYAKAWA + ANA MAY WONG + WAGNER OLAND.

Producción: PARAMOUNT FILMS

Pida el nuevo Catálogo ilustrado de las infinitas

Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona